

bable que el rey Jerjes decidiera á su vez á los cartagineses á que se dirigiesen enérgicamente contra los helenos. Pero aun cuando no mediase mandato alguno de Susa, la política de Cartago debió aprovechar la ocasion de atacar fuertemente á Acragas y Siracusa, en una época en que los siciliotas no podían recibir auxilio alguno de Grecia; porque tanto como Jerjes tenían los cartagineses que ganar en derrotar á los griegos y frustrar sus pretensiones. No solo la ciudad sicelia de Eggesta se alió con los cartagineses, sino que idéntica conducta siguió la dórica Selinunte por miedo á Theron. Y cuando éste en 482, conquistó la ciudad de Himera y arrojó de ella al príncipe Texilos, éste y Anaxilao de Regio solicitaron el auxilio de Cartago contra sus enemigos griegos. Los cartagineses hicieron grandes preparativos: Gelon, públicamente informado del peligro que le amenazaba, decidió luchar con toda su energía contra los africanos, á cuyo fin no quiso dispersar sus fuerzas, evitando aliarse con el congreso de Corinto, pues no quería atraerse la enemistad de Jerjes, cuya victoria sobre los helenos creía, como todo el mundo, segura.

XII.—PODER MILITAR DE JERJES

De todos modos, Grecia parecía perdida, cuando el rey Jerjes, durante la primavera de 480 puso en movimiento contra Europa sus gigantescas fuerzas. Inauguróse la empresa construyendo en Abydos y Sestos dos puentes de barcas, por los cuales debían pasar el Helesponto los pueblos de Oriente. Los heraldos se pusieron en movimiento para exigir á todos los cantones griegos, exceptuando Esparta y Atenas, «la tierra y el agua» para el gran rey. A principios de abril estuvieron definitivamente preparados para la guerra los ejércitos de tierra y mar, se reunieron las escuadras en los puertos de Cime y Focea, y toda la familia de los Aqueménides se puso sobre las armas. A mediados del propio mes salió el gran rey de Sardes para dirigirse, siguiendo el camino que acostumbraban llevar los Aqueménides, hácia Adramitión y Antandros, y atravesando la Tróade, hácia Abydos, donde desde una altura revistió su ejército y escuadra. Siete días y siete noches duró el paso del ejército y del tren de guerra por el Helesponto. Los pretendientes de Atenas y Esparta formaban parte del séquito real.

Llegado que hubo á la tracia Dorisco, dispuso Jerjes que se completase en ella la organizacion táctica y la division interior de una parte de sus tropas. Segun inteligentes cálculos de un moderno investigador, el ejército asiático, que puede ser considerado como un verdadero resumen de la fuerza del gran imperio y como una imponente manifestacion de su poder, se componia de 1.700,000 hombres. El ejército de tierra constaba de 900,000 guerreros, entre los cuales habia 80,000 de caballeria y 20,000 indios y libios conductores de carros de guerra, y árabes montados en dromedarios. La escuadra, compuesta de 1,207 buques de guerra, conducia 36,000 soldados de marina y 250,000 tripulantes: los buques de transporte, en número de 3,000, llevaban un contingente de 150,000 hombres: el tren de guerra se componia de 400,000. El ejército de tierra, á excepcion de las tropas de Sardes, se dividia en 10,000 grupos, subdivididos en batallones de 1,000 y estos á su vez en compañías de 100 hombres. Para facilitar la marcha, dividíase el ejército en tres columnas que operaban en combinacion: el ala izquierda, compuesta de dos grandes cuerpos, seguía la costa bajo el mando de los príncipes Masistes y Mardonio; los dos cuerpos del centro, en los cuales se encontraba el propio Jerjes, estaban mandados por el Aqueménide Smerdomenés y por el veterano Megabazo: los dos cuerpos del ala derecha, que cruzaba el interior de la comarca, iban diri-

gidos por el general Gergis y por el príncipe Tritantechmes. Cada una de estas divisiones llevaba consigo un contingente proporcionado de caballeria. Los generales en jefe que mandaban los seis grandes cuerpos y las tres dotaciones de caballeria, tenían á sus órdenes muchos tenientes generales, iranos todos, y escogidos de entre los miembros de la familia de los Aqueménides, y de entre los sátrapas de las provincias que habian aportado sus contingentes. La escuadra total se habia formado con las escuadrillas que habian suministrado los ocho pueblos marítimos del imperio; el ejército de tierra contenia tropas de 61 pueblos distintos. Los egipcios habian proporcionado doscientos buques; los fenicios trescientos, que eran los mejores de la escuadra, y los demás procedian de Cilicia, Panfilia, Licia, Caria, Chipre y 300 de los puertos griegos del imperio, esperándose además la llegada de las naves griegas de Tracia y de las Cícladas. Esta escuadra, cuyo almirante era el príncipe Aquemenes, hermano del gran rey, se dividia en cuatro partes compuestas de 300 buques cada una: la primera (egipcia) la mandaba el príncipe almirante en persona; la segunda (fenicia) era mandada por el persa Prexaspes; la tercera (jonio-caria) por Ariabignes, hermanastro de Jerjes, y la cuarta (compuesta de los demás contingentes), por el persa Megabazo.

Esta terrible invasion partió de Dorisco á principios de junio de 480 y con irresistible ímpetu se dirigió hácia la madre patria de los helenos. A principios de julio llegó á la ciudad macedónica de Therma, conocida despues con el nombre de Tesalónica, á partir de cuyo punto marcharon unidos la escuadra y el ejército de tierra, que se extendió por el Haliacmon, interrumpiéndose por algun tiempo la marcha. Pareció entonces necesario utilizar no solo el estrecho camino del valle del Peneo, que por el desfiladero de Tempe conduce de Macedonia á la cuenca del Peneo, sino los demás caminos que en direccion igual cruzan las montañas limitrofes, para el paso del formidable ejército, aumentado con 100,000 hombres de las milicias tracia y macedónica (1). El rey Alejandro I de Macedonia que, entonces y despues hasta la batalla de Platea, habia utilizado prudentemente su condicion de vasallo persa, para extender y asegurar su soberanía con las armas y tambien con el influjo de los persas sobre los bisaltos y crestoneos del Este del Axios, y sobre las razas macedónicas de las montañas, habia contribuido mucho á que los persas penetrasen en Tesalia, sin tener que apelar á la fuerza de las armas.

XIII.—LOS GRIEGOS DEL OLIMPO

La débil minoría de los helenos que se habian unido á Esparta y Atenas, decididos á emprender la lucha, debieron ajustar sus movimientos á los de la poderosa fuerza del gran rey. La nacion helena contaba entonces con una poblacion de 20 millones de almas, de cuyo número debían descartarse dos terceras partes, una formada por los antiguos súbditos de Persia, y otra compuesta de los italiotas y siciliotas; quedaba, pues, tan solo una tercera parte, y aun solo la mitad de esta se habia decidido á luchar. Desgraciadamente, el Peloponeso, cuya poblacion se elevaba á dos millones de habitantes (entre los cuales figuraban los argivos y los aqueos que no habian querido declararse por la lucha), no quiso comenzar la guerra en el Olimpo con todas las fuerzas de tierra y mar reunidas; de lo cual resultó poca regularidad y por ende sensibles pérdidas para los griegos. Cuando llegó á Corinto la noticia de que el ejército persa salia de Sardes, decidióse llevar á cabo la ocupacion del Olimpo, á propuesta de

(1) La escuadra habia recibido tambien un aumento de 120 buques griegos.

la nobleza tesalia del congreso del istmo, animada de un espíritu panhelénico: solo Temístocles opinó por que la escuadra griega fuese enviada al golfo termeo. Un ejército compuesto de 10,000 hombres, peloponesios y atenienses, mandados por el espartano Euenetos y por Temístocles, ocupó á principios de mayo el paso de Tempe. Agregáronse á ellos los contingentes tesalios. Como los persas se hacian esperar mucho tiempo, surgieron algunas dudas militares que fueron muy perjudiciales para el espíritu de las tropas griegas: conocióse entonces el peligro en que estaban de ser atacados del lado del mar por la escuadra persa. A espaldas del ejército griego se sometieron á los heraldos de Jerjes, los perrebos, magnesios, dolopes, dorios del Parnaso, enianos y malios, y se hicieron sospechosas las tendencias de los locrios y de los beocios, á excepcion de los de Tespie y Platea. La constancia del ejército griego se habia visto sometida á terribles pruebas, cuando el rey Alejandro, reconocido personalmente como ardiente amigo de los griegos, no solo les dió datos acerca de la fuerza de los persas, sino que les hizo saber que el Tempe podia ser fácilmente atravesado por muchos pasos que se abrian al Oeste. Cuando los griegos, á fines de mayo, decidieron evacuar ese punto sin lucha alguna, se pasaron á los persas los aqueos de Ftíotide y la caballería tesálica.

Por fortuna se sostuvieron cada vez mas seguros en el istmo los hombres de Estado griegos. La miserable conducta del oráculo de Delfos y sus contestaciones claramente encaminadas á descorazonar á los espartanos y á los atenienses, no produjeron el efecto esperado. La respuesta que dió á Esparta aumentó hasta el heroísmo el valor del intrépido Leónidas; la que dió á Atenas se dirigia únicamente á indicarles un muro de madera, palabras que el agudo talento de Temístocles, apoyado por el intérprete oficial ateniense del oráculo, comprendió significaban la escuadra, con lo cual se consiguió dar nuevo ánimo al pueblo.

XIV.—LOS HELENOS EN LAS TERMÓPILAS Y EN ARTEMISION. MUERTE DE LEÓNIDAS Y TOMA DE LAS TERMÓPILAS

Como, en el entre tanto, los persas avanzaban, el congreso del istmo decidió sostener á toda costa la mas fuerte linea de defensa de los griegos, que era el paso de la Grecia septentrional á la central. Habia un punto en la Grecia central que por un lado, permitia á la escuadra y al ejército de tierra operar en fácil combinacion, y, por otro, impedía, gracias á la naturaleza de la montaña y á la proximidad del mar, que los asiáticos aprovecharan la superioridad de sus fuerzas numéricas para trabar un combate. Nos referimos al paso de las Termópilas, que se extiende entre los pantanosos territorios del golfo maliaco y los altos y escarpados estribos del Eta oriental, del Calidromon, uniendo el valle del Sperqueios con la parte Este de la Lócride. Posteriormente los aluviones han trasformado por completo esta comarca, de modo que el mar se encuentra una hora lejos de la montaña, pudiendo defenderse este paso por medio de la artilleria. Pero en aquel tiempo las Termópilas, cuya anchura en muchos puntos solo permitia el paso de un carro, podian ser muy bien defendidas por escasas fuerzas de infanteria. Fué tambien muy favorable para los griegos el sistema de caminos marítimos entre Eubea, Tesalia y el continente de los cantones griegos del centro. Desgraciadamente opusieron grandes obstáculos á la poderosa defensa de aquel admirable sitio, la mezquina codicia de los peloponesios de Atenas y la poco previsora política de los eforos y especialmente del gobierno de Esparta, que no se hallaban á la altura que exigian los acontecimientos de su tiempo y de su elevada posicion de primera potencia de Grecia. Los corintios, que entonces comenzaron á mirar con malos ojos el

incremento que, bajo el punto de vista marítimo, tomaba Atenas, no quisieron, ni tampoco los eginetas, combatir por mar bajo el mando de los atenienses. La profunda penetracion política de Temístocles debió determinar á sus conciudadanos, animados por el mas alto y desinteresado patriotismo, á que reconociesen aun, por mar, la soberanía de Esparta, para el bien general de la nacion. Esparta no queria todavia poner en movimiento las fuerzas terrestres. El Eta hubiera podido ser defendido contra los persas con 40,000 hombres; pero en vez de obrar así, los eforos, con motivo de los juegos olímpicos, retuvieron la mayor parte de los peloponesios en el istmo y solo enviaron 4,100 hoplites (de los cuales únicamente habia 300 espartanos y 1,000 periecos) con un número proporcionado de ilotas y esclavos, á las Termópilas. Las demás tropas, segun se decia, debian seguirles poco despues.

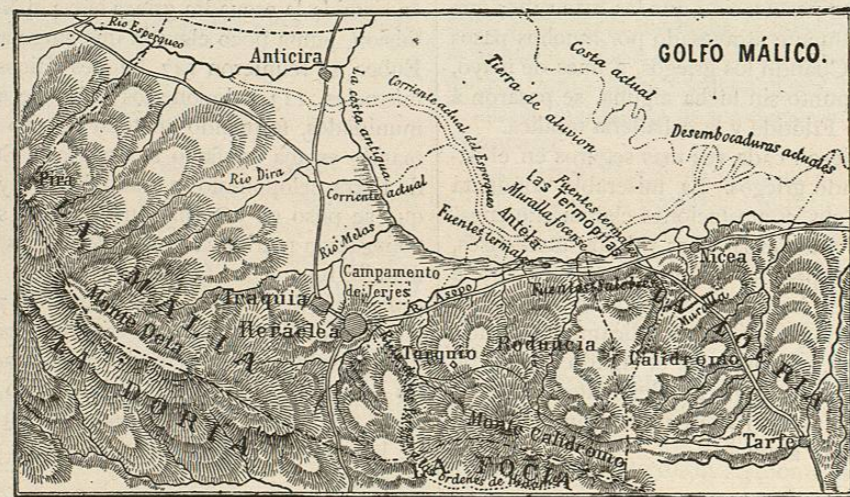
Cuando el congreso supo que desde primeros de julio los asiáticos se extendian por la Macedonia meridional, dirigió en seguida la escuadra griega hácia el Norte. En el cabo Artemision, punta poco elevada que surge al Noroeste de la isla Eubea, se reunieron 147 buques áticos mandados por Temístocles, 113 peloponesios y los de algunas pequeñas comunidades, formando un total de 280 embarcaciones, cuyo mando estaba confiado al espartano Euribiades. El ejército de tierra peloponesio lo mandaba el rey Leónidas, quien, así que se puso en marcha, quiso, fiel á sus deberes, lleno de abnegacion patriótica y dotado de especiales aptitudes de mando, reparar las faltas y la desleal astucia del gobierno espartano. Supo ese caudillo atraerse 700 hoplites de Tespie, 400 de Tebas, 1,000 locrios y 1,000 focenses: con solos 7,200 hoplites debia defender el desfiladero de las Termópilas contra un ejército formidable. Tuvo además que desprenderse del batallon focense para que interceptase cierto paso de la montaña que permitia flanquear por el Oeste las Termópilas.

A principios de agosto comenzaron á invadir los persas la Tesalia en donde se les unieron nuevas fuerzas, y diez días despues salió del golfo de Therma el almirante Aquemenes con la escuadra, que en la abrupta costa de Magnesia (en Melibea, entre Casthanea y el cabo Sepias) perdió 400 embarcaciones, entre ellas mas de 200 buques de guerra, á causa de un terrible huracan que duró tres días. La noticia de este desastre reanimó el espíritu de los marinos griegos, que en un principio se mostraban muy abatidos. Cuando Aquemenes, que reparaba su escuadra, compuesta de 1,100 embarcaciones en el puerto de Afete, en el golfo Pegaseo, maniobraba en el estrecho que se extiende entre Afete y Artemision, y cuya anchura es de dos millas, y enviaba 200 buques para que diesen la vuelta á la isla de Eubea, los griegos, por consejo de Temístocles, atacaron impetuosamente la escuadra asiática. La batalla no tuvo consecuencias, bajo el punto de vista táctico; pero los griegos habian ya demostrado con ella su capacidad marítima. A la mañana siguiente recibieron estos, por un lado el refuerzo de 53 buques áticos y, por otro, la noticia de que la escuadra de circunnavegacion persa habia sido destruida por una tempestad que la sorprendió en el estrecho de Eubea, al Norte del cabo Gerestos. Estos acontecimientos animaron á los caudillos de la escuadra griega á emprender un nuevo ataque contra la escuadra persa, ataque que esta vez fué coronado por el éxito.

Con el segundo día de la batalla de Artemision, á los veintidos días de haber invadido Jerjes el Sur de Macedonia, coincidió el primer día de la famosa lucha en las Termópilas. Cuando Jerjes llegó con su ejército á Trachis, hizo alto, y á los cuatro días ordenó el ataque del estrecho paso, en donde Leónidas habia organizado una defensa hábil y audaz, que le

valió un completo triunfo por de pronto. Todos los ataques de los persas y de los demás pueblos asiáticos se estrellaron ante la excelente táctica de Leónidas, ante el valor de los griegos y ante la superioridad de las armas de los hoplites griegos sobre el armamento de la infantería asiática. Las tropas del gran rey sufrieron considerables pérdidas. Desgraciadamente cada vez se ponía mas en evidencia que los griegos, que ningún auxilio habían recibido del istmo y que experimentarían notables pérdidas á causa de las nubes de flechas y de los sablazos de sus enemigos, debían ser por fuerza aniquilados en un incesante combate, por la colosal superioridad numérica de los persas. Pero no fué esta la única causa de la catástrofe, sino que la motivaron y precipitaron otros acontecimientos.

En la mañana que siguió á esta primera batalla de las Termópilas, Aquemenes atacó enérgicamente con sus 800 buques de guerra los 300 de que podían disponer los griegos. Cierta



Plano de las Termópilas.

Termópilas. Al cerrar la noche el general persa Hidarnes, con 30,000 hombres y guiado por Epialtes, pudo marchar hacia Anopea, sin cuidado alguno, gracias á la falta de vigilancia y á la mala organización de los focenses, á quienes estaba confiada la defensa de aquel importante sendero. Leónidas había recibido ya por algunos griegos noticias del peligro que le amenazaba. Cuando al rayar la aurora supo que Hidarnes se había apoderado de las alturas de Calidromon y que dentro de pocas horas estaría en el valle, aquel gran héroe tomó en seguida una determinación altamente práctica y patriótica. Era imposible hacer frente en aquel momento á Jerjes y á Hidarnes, sin exponerse á causar la pérdida de todo el ejército griego; pero igual ruina amenazaba indefectiblemente á este, si se abandonaban las Termópilas y en la retirada se encontraba con los persas. No había mas remedio que dejar partir á la masa de los griegos y salvarles con el sacrificio de una pequeña parte del ejército, sacrificio que hicieron los espartanos defendiendo las Termópilas hasta perecer el último, á propuesta del ideal mantenedor del cumplimiento del deber espartano. Estos guerreros, juntamente con los tebanos, que por fuerza tuvieron que quedarse y que debían expiar las tendencias persas de su gobierno, y con los intrépidos tespiotas, que se ofrecieron voluntariamente, formando un total de 1,200 hoplites, con el correspondiente número de esclavos, permanecieron en el valle. Leónidas quería principalmente atraer á Hidarnes y evitar que persiguiese al ejército griego que se dirigía al Sur. Por eso á las diez de la mañana, salió con su pequeña hueste al encuentro de las próximas co-

lumnas del gran rey y trabó con ellas una encarnizada lucha. Por fin encontró aquel noble héroe la muerte gloriosa del soldado, y cuando llegó á los griegos la noticia de que Hidarnes había llegado al interior del paso, se dirigieron á una especie de trinchera construida por los focenses en el interior del valle, y allí el resto de los audaces combatientes se defendió con rabia mientras quedó un solo hombre. Solo los hoplites tebanos se rindieron; y Jerjes, en su salvaje furor por la pérdida de 20,000 hombres en las Termópilas, mandó que se les pusiese el sello de esclavos reales. Los griegos perdieron 4,000 hombres, de los cuales 2,000 habían perecido antes de este último combate.

XV.—RETIRADA DE LA ESCUADRA GRIEGA. LOS PERSAS EN LA GRECIA CENTRAL. RETIRADA DE LOS ATENIENSES Á LA ESCUADRA

La noticia de la muerte de Leónidas determinó á la escuadra griega á retirarse al golfo de Salónica: durante la retirada guardó la espalda Temístocles, quien colocó en todos los puntos á propósito de la isla de Eubea, piedras con ciertas inscripciones, en las cuales se invitaba á los marinos griegos agregados á la escuadra persa, á que se pasasen, si podían, á los helenos, ó á que durante el combate hiciesen cuanto estuviese de su parte para perjudicar á los persas. Entre tanto se reunían en las Termópilas Aquemenes y Jerjes: la valerosa resistencia que habían hecho los griegos había causado honda impresión en el ánimo del monarca persa. Cuando Demarato le dió el hábil consejo de dividir desde entonces la escuadra, y atacar con una pequeña parte de la misma el Sur

del Peloponeso, para destruir el ejército peloponésico, Aquemenes protestó enérgicamente contra esta prudente estrategia, y no se atrevió á atacar á la escuadra griega sino con una gran superioridad de fuerzas, sosteniendo que toda la escuadra debía operar en estrecha combinación con el ejército de tierra. Jerjes accedió á su deseo, apoderándose en seguida de todo el Oeste de la Grecia central, gracias á la indecisión de los peloponesios, que no supieron hacer otra cosa mas que reforzar con sus contingentes el istmo de Corinto. Solo los valientes focenses se mantuvieron firmes en favor de la causa de los griegos: mientras su canton era completamente asolado, retrocedieron hacia sus altas montañas. Focenses eran también los guerreros que algun tiempo después contribuyeron á derrotar el destacamento persa que el gran rey había enviado al Oeste para apoderarse de Delfos. Los

beocios, acudidos por la nobleza de Tebas, se pasaron, por el contrario, incontinenti al enemigo: las ciudades de Tespie y Platea, que habían permanecido fieles á la causa griega, fueron incendiadas. Los persas invadieron al mismo tiempo el Atica sin hallar apenas resistencia.

Cuando la escuadra griega surcó las aguas áticas y arribó parte al puerto de Falero, parte al estrecho de Salamina, supieron los atenienses con horror é indignación que los eforos de Esparta habían abandonado el canton septentrional del istmo. En tales circunstancias, Temístocles, protegido entonces por todos los elementos de los partidos conservadores aristocráticos, especialmente por el Areópago y por el noble y valeroso hijo de Milciades, Cimon, y lleno de abnegación y heroísmo, resolvió abandonar completamente el Atica y poner todas sus esperanzas en la escuadra. Toda la población



Monumento llamado Tumba de Leónidas, en Esparta

inútil para las armas abandonó inmediatamente sus antiguos hogares, y se refugió en Salamina, Egina y Trezene, de modo que los persas, al invadir el canton, únicamente encontraron diseminadas en él unas 500 personas. Todos los hombres aptos para la lucha pasaron á aumentar las tripulaciones de la escuadra. Solo unos centenares de atenienses, los mas ancianos y los mas pobres, permanecieron en Atenas para defender la Acrópolis, á la cual creían que se referían las palabras del oráculo «murallas de madera». Durante este calamitoso cuanto glorioso período, á propuesta de Temístocles, el pueblo llamó de su destierro á su mas noble ciudadano, Aristides, para que volviese á Atenas: señal característica de la elevación de ideas que dominaba en aquel tiempo en Atica.

Reunióse de nuevo en el estrecho que separa el Atica de Salamina, la escuadra griega, que había recibido auxilio de las diversas plazas marítimas del Peloponeso. Bien que muchos buques dejaron de comparecer por motivos puramente locales, acudieron los mejores de la escuadra de Euribiades. Ambracia y Leucades enviaron diez embarcaciones, la ciudad de Crotona un buque de guerra, y algunas de las Cícladas, especialmente Naxos, mandaron sus naves á Salamina. La parte mejor y mas fuerte de la armada reunida en esta ciudad la formaba el contingente ateniense, compuesto de 200 buques (180 del Atica y 20 de Calcidia) y de 32 á 36,000 tripulantes. En conjunto iban á trabar el combate 378 tiremes

griegas por un lado y 800 buques de guerra persas por otro. Temístocles había puesto el mayor cuidado en retener en Salamina á los caudillos de los diversos contingentes. Los jefes peloponésicos, especialmente los capitanes corintios, querían, contra el parecer de los atenienses, megarenses y egineas, conducir la armada al istmo y situarla de modo que pudiese estar en inmediata relación con el ejército de tierra. Temístocles, que veía claramente cuán pocas probabilidades de éxito ofrecía á los griegos el golfo de Cencrea para un combate naval, y que no podía abandonar ni el Atica, ni Egina, ni Megara, ni renunciar á las ventajas que el angosto estrecho de Salamina garantizaba á los helenos en caso de una batalla decisiva contra la escuadra persa, tuvo gran cuidado de evitar que á lo menos el almirante Euribiades diera un paso en falso. Cuando los persas hubieron invadido el Atica, tomado á Atenas, asaltado con ímpetu y éxito la Acrópolis, é incendiado los templos y la mayor parte de la ciudad; cuando desde Salamina se vieron las llamas que devoraban la antigua ciudad de Cecrope, la mayoría de los capitanes tomaron la resolución de dirigirse á la mañana siguiente hacia el istmo. Consiguióse, sin embargo, en aquella misma mañana, decidir á Euribiades y á la mayoría de los que componían el consejo de guerra, parte con sabios consejos, parte con amenazas, á dirigirse á Italia con los buques áticos, para anular aquella resolución y hacerles perseverar en mantener la posición de